

El Silencio en la Liturgia

"Mientras más callado estés, mejor escucharás." ¡Que verdadero es este proverbio contemporáneo en nuestro mundo lleno de tantos sonidos y tanto ruido! Nuestra vida está marcada por ruidos físicos, y de igual manera por sonidos internos de estrés, inquietud, preocupaciones, y actitudes negativas. Es solamente en los momentos de silencio cuando podemos escuchar el canto de un pájaro o el llanto de un niño, el crecer de una flor o el llanto de nuestros propios corazones.

La Iglesia reconoce esta realidad y nos invita a tener momentos de quietud en nuestras celebraciones litúrgicas. Puesto que, a menudo es solo en la quietud y el silencio que somos capaces de escuchar la voz de Dios. (Ver Reyes I 19:12).

En el GIRM revisado (#45), leemos "El silencio Sagrado como parte de nuestra celebración, debe ser observado en los tiempos designados." Esto significa que el silencio es una parte importante e integral en cada liturgia. Es llamado "sagrado" porque en este silencio nos encontramos con Dios, el Santísimo. También encontramos en él la santidad a la cuál cada uno de nosotros está llamado en virtud de nuestro bautismo.

En la Misa, el GIRM nos dice, estamos invitados al silencio en las siguientes cinco ocasiones:

- En el Acto de Penitencia
- Después que el sacerdote dice "Oremos"
- Después de cada lectura de las Escrituras
- Después de la Homilía
- Después de recibir la Comunión

Siguiendo la oración de entrada al inicio de la Misa, el celebrante invita a cada miembro de la asamblea a recordar sus pecados y reflexionar en la necesidad de arrepentimiento. Tal reflexión necesita ser realizada en forma individual, y de una manera breve lo hacemos en silencio.

Varias veces durante la Misa, el celebrante inicia una oración, llamada "oración colectiva", con la palabra "Oremos." Entonces hace una pausa para un pequeño silencio. Está invitando a cada uno de nosotros a que de una manera silenciosa e

individual "unamos" nuestro ser completo – cuerpo, mente y espíritu- para reconocer que estamos en la presencia de Dios y para realizar nuestras plegarias en este momento. El celebrante entonces "une" nuestras plegarias individuales en una sola, que expresa en voz alta.

Después de cada una de las lecturas y de la homilía, se nos permite un momento de quietud. Durante este tiempo se nos permite hacer una reflexión profunda sobre lo que hemos escuchado. El silencio nos invita a recibir la Palabra de Dios, alojándola en nuestros corazones (GIRM #56) y haciéndola nuestra.

El último de los tiempos designados para el silencio durante la Misa, es después de haber recibido la Comunión. Mientras todos estamos recibiendo el Cuerpo y la Sangre de Cristo, debemos simbolizar nuestra unión cantando juntos el Canto de la Comunión. Entonces se nos es dado un tiempo para la oración privada, para alabar y agradecer a Dios en nuestros corazones cuando la distribución de la Comunión ha finalizado (GIRM #88). Es en este momento cuando debemos sentir profundamente nuestra propia unidad con Jesucristo, a quien hemos recibido. También nos podemos preparar para salir y SER Eucaristía para todos aquellos que encontramos en nuestra vida diaria.

Estamos invitados también a tomar un momento de silencio personal una vez que tranquilamente saludamos a aquellos cercanos a nosotros, aún antes de iniciar la Misa. Esto es para que todos (celebrante, ministros, y asamblea) nos preparemos para el gran misterio que estamos a punto de celebrar (GIRM #45).

Estamos agradecidos por el reconocimiento de nuestra necesidad por el silencio, aún en nuestra liturgia. Así, con silencios intercalados entre las plegarias, lecturas, cantos y actividades de la Misa, estamos mejor preparados para realmente escuchar, no sólo con los oídos, sino también con nuestros corazones y nuestro ser completo, lo que Dios nos dice.